

Política para el día después

FERRAN MASCARELL

LA VANGUARDIA, 14.10.10

Me cuento entre quienes confían poco en las campañas electorales. Pienso que el proceso electoral suele durar cuatro años, que nos acercamos al duelo electoral con opciones confirmadas y deseando que termine cuanto antes. Nos indisponen su simplicidad. No quiero decir que no sean necesarias y a menudo determinantes. El president Montilla parece dispuesto -mucho más que sus socios- a defender con uñas y dientes lo hecho por su gobierno. Es lógico. Su gobierno ha hecho mucho más de lo que se le reconoce. Artur Mas pone el acento en lo que se ha hecho mal, quizás en exceso; también es su papel. En todas las campañas se tiende a simplificar. El país no está tan mal como suele decir la oposición, ni tan bien como suele afirmar el Gobierno, aunque suele afinar más. La campaña agudiza el problema que ha tenido el tripartito -y también la oposición-: ausencia de un relato global y coherente de país en el que hayan encajado sus múltiples realizaciones.

Y ese es hasta el momento, también, el mal de la campaña electoral. Apenas se plantean las cuestiones globales de fondo; apenas se dibujan las opciones que nos permitirían saber qué país se pretende construir, qué modelo de sociedad se nos propone, que políticas de fondo se harán. La precampaña está sometida al imperio de los grandes enunciados (federalismo, concierto, independencia) sin, por así decirlo, el relleno concreto y preciso que nos permita entenderlo. Con los fragmentos que se nos proponen, los ciudadanos no desafectos tratamos día a día de componer a modo de puzzle el país que queríamos votar. Tratamos de diferenciar entre la removida hojarasca electoral lo que era razonable

pedirle al Gobierno saliente y lo que corresponde al futuro. Tratamos de saber cómo se afrontarán los retos pendientes: el Estatut recortado, una financiación que, pese a las mejoras logradas por el tripartito, sigue siendo insuficiente; una tasa de parados de vértigo, un sistema económico que deberá cambiar aún más para ser competitivo a escala global, una descomunal crisis de la política y un pacto constitucional entre Catalunya y España al borde del abismo. Tratamos de entender cómo se abordarán los desafíos a medio plazo: envejecimiento, retraso tecnológico, investigación, dificultades educativas, inseguridad global, consumo energético, cambio climático, defensa, migraciones, sostenimiento del bienestar y escepticismo europeo.

Las recetas simples dominan el proceso electoral y sin embargo sabemos que vivimos un tiempo que exige respuestas complejas. Sabemos que sólo algunas soluciones están en manos directas de la débil política catalana; sabemos que muchas cosas sólo se pueden resolver en el marco de la intransigente y desorientada política española y sabemos que muchas más sólo se afrontarán en la frágil política europea. Sería fantástico, por tanto, que el resto de la campaña sirviese para que los líderes nos expliquen qué relato global de país tienen en mente, cómo van a ensanchar los límites del discurso político catalán, cómo irán más allá de las etiquetas genéricas dirigidas a sus propias clientelas, si están dispuestos a dibujar soluciones globales para el país real, qué combates concretos van a proponernos librar y con qué mayorías sociales las van a tratar de ganar.

Las consignas simples no sirven. Después del 29 de noviembre se tendrán que impulsar a la vez nuestra autonomía -insuficiente, pero con competencias muy aprovechables-, las grandes reformas/rupturas que

precisa el Estado español para adecuarse a los intereses de los ciudadanos catalanes y, claro está, las enormes competencias que Europa tiene y apenas despliega. Deberá hacerse con liderazgos fundamentados en una dosis justa de rigor, fineza, eficacia, austeridad, realismo, voluntad de diálogo, pactismo, sentido común y mucho sentido de Estado. Deberá hacerse desde líderes dispuestos a romper moldes, cambiar reglas de juego, suprimir corsés y multiplicar nuestra autoexigencia. Cada candidato debería decirnos cómo sacará el máximo rendimiento a la autonomía, cómo construirá mayorías sociales amplias capaces de construir un Estado a la medida de los intereses catalanes y cómo sabrá mirar a Europa. Nuestro futuro está ahí. Lean en clave catalana Mi idea de Europa de Felipe González. No hay futuro para Catalunya sin Europa, como no lo hay para España. Gran parte de nuestra soberanía está en manos europeas y los desafíos se resolverán en ese escenario. Europa es nuestro Estado federal futuro.

A partir del 29 de noviembre empieza una nueva y compleja partida de ajedrez, con alguna mano de póquer por medio. Se jugará a lo largo de los próximos cuatro años y algunos más. Una campaña sólo a base de proclamas desorienta y empobrece. Vivimos tiempos complejos y hacen falta razonamientos complejos. En realidad, ganará las elecciones quien mejor cuente a los catalanes cómo piensa vencer las dificultades, que no son un mal nuevo para Catalunya, que en otros tiempos tampoco fáciles otras generaciones supieron superar; qué relato de nación piensa impulsar que sea capaz, como antaño y una vez más, de amasar pan de las piedras, como diría el profesor Jordi Nadal.